

LAS LARGAS 240 HORAS DE CÁDIZ

Maratón



"Ejercicio nº 1", del grupo brasileño Ensayo, dirigido por Bia Lessa: una lluvia pertinaz y macondiana de papeles picados.

Carlos Espinosa Dominguez

En su segundo año, el Festival Iberoamericano de Teatro reafirma su voluntad de propiciar el intercambio y el diálogo entre las gentes de teatro de España y Latinoamérica. Brasil fue la presencia estelar en un programa cuyo nivel cualitativo fue más bien discutible.

En su segunda edición, el Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz ha reafirmado el carácter que los organizadores defienden como su nota distintiva y su razón de ser: servir de marco que propicie el intercambio, la confrontación y el conocimiento mutuo entre las gentes de teatro de esta inmensa y heterogénea región unida, entre otras cosas, por un idioma común. Ahí hay que buscar el principal y más positivo logro del evento, que este año, no obstante, ofreció algunos aspectos discutibles.

El espíritu acogedor y servicial de los gaditanos, el maravilloso entorno que brinda la Residencia del Tiempo Libre, el hecho de que todos los participantes conviviesen allí, el sano ambiente que predominó durante todo el festival, coduyeron a que, en efecto, el FIT deviniera un encuentro de indiscutible y efectiva utilidad. Cádiz ofreció condiciones óptimas para conocernos y

establecer fructíferos contactos. La actividad diaria, las animadas charlas en el comedor, el autocar y los pasillos, significaron de alguna manera las asambleas más vivas y operantes. Insisto en esto pensando en los coloquios que se realizaban en las jornadas matutinas y que por la rutina y el escaso dinamismo con que estuvieron concebidos, resultaban, por el contrario, ineficaces y prescindibles. El poco rigor de algunas intervenciones, la proliferación de elogios y juicios dilámbicos, la autocomplacencia y la falta de tiempo, a causa de la larga nómina de ponentes, para discutir cuestiones realmente interesantes que surgían al calor de los debates, indican con elocuencia que para 1988 se impone buscar soluciones para que los coloquios de veras aporten y enriquezcan.

Por ejemplo, este año se organizó un breve taller sobre la creación colectiva, impartido por Enrique Buenaventura, que no pudo ser bien aprovechado por los ya citados inconvenientes del tiempo y por coincidir en el horario con otras actividades. Por otro lado, un replanteamiento del programa contribuirá a resolver en la tercera edición algo que según el consenso general afectó a la de este año: la programación maratoniana y absolutamente saturada, que no dejaba margen a las incorporaciones imprevistas, y que obliga a estar literalmente en una carrera permanente de un sitio a otro.

Veintisiete grupos en diez días, es algo desmesurado. Si a eso se agrega que hubo días con dos, tres y hasta cuatro espectáculos que no se podían ver más que en esa oportunidad, se entenderá

por qué se insistió tanto en que esa cifra debe ser reducida a una más racional. Esto, además, permitirá la inclusión de por lo menos dos funciones de cada obra, con lo cual el público de Cádiz tendría más acceso a las representaciones. Este año, por ejemplo, sus posibilidades en ese sentido prácticamente se vieron reducidas al patio de butacas del Teatro Andalucía, pues las capacidades de la Sala Valcárcel, el Polideportivo del Colegio San Felipe Neri y el salón de actos de la Junta de Andalucía las cubrían los propios participantes.

■ Un festival que habló en portugués

No hubo en esta edición del FIT una adecuada correspondencia entre la cantidad de grupos y el nivel cualitativo de los espectáculos. Respecto a la anterior, no hubo ningún trabajo que alcanzara la calidad de los mejores que se vieron en 1986 (*Los músicos ambulantes*, *Un organismo adulto escapó del zoológico*, *Los payasos de la esperanza*, *Potesfadi*) y, lo más preocupante, el programa experimentó en conjunto un descenso notable. Pase-

mos revista a la muestra que desfiló por Cádiz, y empecemos por las obras cuya presencia estuvo justificada.

Como viene ocurriendo desde hace ya algunos años en confrontaciones internacionales de teatro, con la delegación brasileña el festival registró una de las más altas cotas de innovación, creatividad y riesgo. De la más bien pequeña ciudad de Londres, y no de uno de los grandes centros culturales y urbanos, llegó el Grupo Delta, con una original puesta en escena de *Toda desnudez será castigada*, de Nelson Rodrigues, el más importante dramaturgo de Brasil, según opinión unánime de la crítica nacional. Su teatro, como él mismo expresó, está lleno "de suicidas; incestuosos, adulteras e insanos" y se sumerge en los profundos abismos del subconsciente. Eso en parte explica que haya dado pie a lecturas trágicas, desesperantes, lenebrosas, como la muy distanciada, expresionista y germánica de Antunes Filho en *Nelson 2 Rodrigues*. La propuesta de Delta sigue otro derrotero, le da a la obra un tono tragicómico y coincide con Octavio Paz en que "el erotismo no es una simple imitación de la sexualidad; es su metáfora". José Antonio Teodoro, el prematuramente desaparecido director, empieza por ubicar la acción en 1943, cuando la industrialización del país chocó con los valores rurales aún vigentes. Incorpora un abundante componente musical (chachachás, bolero y, sobre todo, tangos), una pareja de bailarines que hacen de comodines y crean atmósferas, un refinado toque kitsch, un ritmo cinematográfico, un escenario casi vacío (sólo se emplean una cama, una silla, un barreño). El resultado: un espectáculo explosivo, fascinante, de alto voltaje erótico, que conjuga la fidelidad al texto con la libertad creativa, de una estética coherente, bien articulada, defendido por un elenco joven, homogéneo, vital, rebosante de fuerza y de esa alegría que el teatro europeo ha ido perdiendo.

En un registro totalmente distinto está elaborado el *Ejercicio nº 7* de Ensayo, el otro colectivo brasileño que vino a Cádiz. No estamos ante una obra propiamente dicha, sino ante uno de los pre-ensayos que el equipo dirigido por la jovencísima Bia Lessa monta para prepararse para la adaptación de las novelas que integran el Proyecto Dostoiévski. En cuarenta y cinco minutos, trece actores narran una historia abierta a múltiples interpretaciones, una especie de cuento kafkiano, matizado de magia y ternura, en el cual una macdoniana y pertinaz lluvia de papeles picados cae sobre el escenario. No hay texto, sólo unos cuantos diálogos que se introducen de manera sutil, sin que apenas nos percatemos. Dostoiévski es sólo un pretexto, un punto de partida para crear esta hermosa y sugerente metáfora visual que parece salida de un cuadro de Magritte. *Ejercicio nº 1* y *Toda desnudez...* representaron estímulos renovadores, y confirmaron la riqueza de un movimiento teatral que,

felizmente, no evidencia síntomas de fatiga ni de rutina.

Teatro comprometido de los ochenta

Los portugueses no han tenido hasta ahora buena suerte en Cádiz. El año pasado, una desastrosa ubicación en el calendario y el horario influyó para que un excelente trabajo de O Bando no fuera valorado en su justa medida. La presentación de *El país del dragón* del Teatro Hoje provocó un exodo masivo de espectadores, a causa esencialmente de las dificultades idiomáticas que entorpecían el acceso a un montaje en el cual el texto tiene un enorme peso. Se trata, por tanto, de un espectáculo que resiste mal su traslado a otro

contexto lingüístico. Ganaría, es cierto, con un aligeramiento del ritmo, pero, tal como está, constituye una puesta en escena rigurosa, cuidada, con una inteligente labor de dramaturgia, un elenco admirable, en la cual se plasman con densidad y logradas atmósferas la soledad, frustraciones e incomunicación en que se ahogan los personajes de Tennessee Williams.

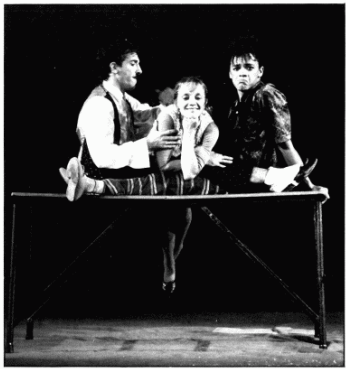
Otros de los buenos momentos correspondieron a Cuba y Venezuela. *Weekend en Bahía*, de los caribeños, tiene la cualidad de tratar con honestidad, frescura y visión abarcadora y nada maniquea un tema de raíz política y crear caracteres veraces y complejos. Un hallazgo similar sustenta el *Memorial del cordero asesinado* del Grupo Ac-

toral 80. Hay en la obra de Juan Carlos Gené una vuelta al teatro comprometido de los sesenta, pero con una óptica muy de los tiempos que corren. El peregrinaje de una familia de cómicos acompañados del cuerpo del poeta asesinado (Lorca, Neruda, Martí...) posee elementos simbólicos, hieráticos y litúrgicos que en manos de Gené se transforman en un producto ameno, fluido, de gran teatralidad, con algunas actuaciones muy buenas y otras más bien flojas, con escenas conmovedoras, que rescata el sentido humanista que en sus orígenes tuvo el cristianismo.

A partir de ahí, el programa ofrecía un mosaico con niveles heterogéneos, que iban de la saludable nota de sensibilidad e intimismo de *Ya nadie recuerda a*



"Toda desnudez será castigada", por el grupo Delta (Brasil): un espectáculo explosivo y fascinante.



"Paxaros na Testa": recuperar el encanto del circo.

Federico Chopin (Primer Estudio) a la recuperación del encanto y la poesía que el circo ha perdido (*Paxaros na Testa*), pasando por el vigoroso y picaresco retablo de personajes populares de *La lanessa* (Malayerba) y por la espléndida demostración histriónica de Ilika Tania Payán en *La señorita Margarita*, cuya eficacia escénica, no obstante, debe mucho al humor y el desparpajo de la adaptación. Tentativas malogradas fueron las de Vaganovos, El Globo, La Parrala, la Comedia Nacional de Uruguay y Producciones 2000. En unos casos, a causa del desproporcionado protagonismo que asumen los muñecos y decorados (*Azul, blue, blue*) y la maquinaria teatral (*Jorjo*). En otros, por las insuficiencias en la danza de un equipo que, paradójicamente, asume una propuesta en la cual el baile es el principal lenguaje expresivo (*El carnaval de los animales*). En el de la obra de Lope, debido a una concepción apegada a un criterio museístico de los clásicos y a los recursos más envejecidos de la escuela de Margarita Xirgu (*El caballero de Olmedo*). Y en otros, en fin, a una lectura que dulcifica y decora con elementos del fol-

cloré más epidémico lo que es una estética sórdida y deformante (*Las galas del difunto*).

■ El reto de la 3ª edición

Una decepción dolorosa resultó *El encierro*, del Teatro Experimental de Cali. Como muchos, asistí a la representación con la voluntad preconcebida de que me gustase, movido por el respeto y la admiración que uno siente por un equipo que tanto aportó a la escena iberoamericana. Desafortunadamente, lo que se vio en Cádiz fue un espectáculo penoso, de escasa teatralidad e imaginación. A los diez o quince minutos, se han agotado todos los recursos y el montaje no depara al público ni una sola sorpresa. Puertas que se abren y cierran, personajes que entran y salen, una situación que se alarga indefinidamente y agotadoramente, interpretaciones grises e irrelevantes. Cualquiera que hubiese visto los buenos trabajos del TEC, le negaría la paternidad sobre *El encierro*. En cambio, *El maravilloso viaje de la mentira y la verdad* que pudimos ver luego en Madrid, en función única de un colegio mayor, ofrecía una visión más creativa del veterano colectivo de Cali. Por otro lado, fue comentario generalizado el bajísimo nivel que alcanzó el FIT con *Throw down (The Family)* y *Qué cuarenta días y qué cuarenta noches* (Comedia Nacional de Nicaragua), al punto de que más de uno nos preguntamos a qué criterios respondía su presencia.

Para el año próximo, el principal reto que tienen ante sí los organizadores del FIT es conseguir una selección que sea realmente representativa de la escena iberoamericana de hoy. Eludir el compromiso contraindicado apelando a justificaciones paternalistas y que no responden, como debe ser, a criterios artísticos, no deja de ser una postura peregrina que terminará volviéndose contra el prestigio del festival y, por extensión, del teatro que éste aspira a promocionar. No sé si los responsables son conscientes de que la cita anual de Cádiz ha pasado a ser, en poquísimo tiempo, una caja de resonancia y una vitrina del arte escénico de Iberoamérica. La envidiable oportunidad que brindó, al reunir durante diez días a una cifra respectable de obras y grupos, fue aprovechada por los programadores y coordinadores de festivales internacionales de Holanda, Francia e Inglaterra, quienes asistieron en busca de posibles espectáculos para contratar. Quiérase o no, el FIT tiene una gran responsabilidad y sólo podrá cumplir en la medida en que el rigor y la calidad sean los parámetros determinantes. Uno y otro no son incompatibles con la comunicación, el intercambio y el diálogo que defienden sus realizadores. Por el contrario, contribuyen a que sean más fructíferos y enriquecedores. Cádiz constituye, para españoles y latinoamericanos, un espacio necesario, al que puede aplicarse aquello de que si no existiera, habría que inventarlo. Es, pues, deber de todos defenderlo y preocuparnos por su buena salud. ■

LA ZARANDA: UNA PATÉTICA SINFONÍA DE RECUERDOS



C. E. D.

Este año, el Festival Iberoamericano de Teatro puede anotar entre sus logros el haber servido de plataforma para la revelación internacional del colectivo jerezano La Zaranda.

fuentes vivencias y de un compromiso visceral con una realidad cercana y tangible, la andaluza y, en particular, la jerezana. Para elaborarlo, los artistas acudieron a la trastienda de los recuerdos de infancia: a esa Madre Coraje del patio, a la resolana y la calceña, a la máquina de coser de la abuela, a la botella de aguardiente, a las vecinas escandalosas.

De ese ejercicio de evocación y tras un largo proceso en el cual se llegó de *El papiré de Mariame-*



"Mariameño", un espectáculo antiguo que se renueva.

La actuación en el Festival Iberoamericano de Teatro de La Zaranda era casi marginal, pues no aparecían incluidos dentro de la programación oficial. Terminaron convirtiéndose en la gran revelación, y para el año próximo les aguardan presentaciones en varios países y en las muestras internacionales de Nueva York, Montevideo y Caracas.

da, la sorpresa más agradable y gratificante del encuentro. Y, en efecto, fue una verdadera sorpresa. La mayoría de quienes asistimos a la presentación de *Mariameño*, *Mariameño* (fuera del programa oficial, dicho sea de paso) no teníamos idea de lo que aquella tarde íbamos a presenciar. La calidad administrada con cuentagotas en buena parte de los montajes vistos, nos había vuelto escépticos y desconfiados. Mas, he aquí que el milagro ocurrió.

Mariameño... es un trabajo que, ante todo, admira por su autenticidad. Sus creadores lo definen como "una explosión de recuerdo, pesadilla e intuición" y a su teatro, como "hijo de unas alegrías seculares, como es la crónica de nuestras realidades cotidianas". Son algo más que hermosas palabras y conceptualizaciones inteligentes. El espectáculo es evidente que nace de

neo (1984) a la versión que se vio en Cádiz (estrenada en enero de 1985), resultó una propuesta de teatro andaluz liberada de la imagen acuñada por los Quintero, quienes anecdotalmente y distraídos con ropajes seudofolclóricos esa realidad. Hallamos en *Mariameño*... elementos y anotaciones pertenecientes al folclor y el costumbrismo, pero que, al ser vistos bajo una iluminación sombría y casi expresionista, adquieren una significación diferente y proyectan otra imagen. Lejos de presentar una postal complaciente, La Zaranda nos trae la foto borrosa y descolorida de una Andalucía que no es precisamente la que figura en las guías para turistas.

Ante el espectador desfila un fantástico retablo de personajes indefensos, sin ilusiones ni portento, vistos en su cortejo doméstico y rutinario. Conmueve el patetismo de estos seres condenados al luto y al desconsuelo per-